

UNA VIDA EN ROMA

Anastassia Espinel Souares



Título: Una vida en Roma

Autor: José Ramón Díaz Herrera

Técnica: Dibujo, esfero sobre opalina

Dimensiones: 28 X 21 cm.

Año: 2016

Una vida en Roma

Anastassia Espinel Souares

Doctorada en historia universal en el Instituto de América Latina St. Petersburgo-Moscú, 1997. Especialización en docencia universitaria en la Universidad Industrial de Santander, UIS, 2007. Pregrado Universitario en economía y derecho en la Universidad Patricio Lumumba, 1993. Mención de honor, Universidad Industrial de Santander, 2008. Mención de honor, Instituto Municipal de Cultura, 2006 y 2008. Ganadora del concurso literario de novela de la Universidad Central, 2012. Mención de honor, Who's Who in the World, 2012.

Correo electrónico: anesps@uis.edu.co

I

El reto de nacer

Comienza un día cualquiera en Roma de los finales del siglo I d.C., la época del máximo esplendor del Imperio. El pálido sol invernal alumbra las calles de la ciudad más grande de la Antigüedad, aun desiertas a estas horas de la mañana. Los ciudadanos adinerados aun duermen en sus cómodos lechos al amparo de los gruesos muros de sus lujosas mansiones en el Palatino, el Esquilino y otros barrios privilegiados de Roma pero la gente menos afortunada, con los ojos abotagados por el sueño y temblando bajo la fría brisa matutina, ya comienza su jornada laboral. Los tenderos empiezan a colocar la mercancía sobre los mostradores y a retirar los barrotes de madera que protegían sus negocios durante la noche contra numerosos ladrones y criminales que pululan por las calles al amparo de la

oscuridad; de los talleres comienza a sonar el golpeteo rítmico de los telares y el tañer de los martillos contra el cobre y los panaderos encienden sus hornos. Los esclavos, reconocibles por sus collares alrededor del cuello donde figura el nombre y la dirección del dueño, pululan por las calles, enviados por sus amos a comprar provisiones frescas o por cualquier otro recado.

En medio de todos estos transeúntes apresurados, nadie presta atención a una muchacha de unos quince años, morena y delgada, vestida con una vieja túnica que apenas la protege contra las gélidas ráfagas del viento. La joven recorre las calles con un gran cesto de mimbre cubierto por un manto de lana; a lo mejor, acaba de hacer compras en el mercado y ahora se apresura a regresar a casa. Sin embargo, apenas llega al mercado de hortalizas, se acerca al pie de una solitaria columna de mármol y pone el cesto junto a su pedestal. Luego, se aleja apresurada, como si estuviera perseguida por el mismo Cancerbero o alguna otra divinidad maligna.

¿Que contiene aquel cesto abandonado? De pronto, un bracito diminuto se asoma entre las mantas y suena el lastimoso llanto de bebé pero los transeúntes no le prestan demasiada atención. Un recién nacido abandonado bajo la Columna Lactaria es un hecho habitual ya que muchas madres dejan aquí a sus hijos no deseados. La muchacha, al juzgar por su pobre atuendo, seguramente no tiene con qué mantener al pequeño o simplemente no está casada y pretende ocultar el fruto de sus amores ilícitos de sus padres u otros familiares. Tal vez simplemente ha sido violada en algún sórdido callejón, una tragedia habitual en los barrios populares de Roma, o, a lo mejor, es una esclava y el niño ni siquiera es suyo sino de sus amos.

Por muy terrible que parezca, en la Antigua Roma los padres no tenían obligación jurídica ni moral de criar a todos sus hijos así que abandonar a los recién nacidos se consideraba habitual y absolutamente legal ya que el padre de una familia tiene un poder absoluto sobre todos los que viven bajo su techo, incluidos sus propios hijos. Cada recién nacido debía ser colocado bajo los pies del padre y si éste lo levantaba y lo tomaba en sus

brazos, se consideraba oficialmente aceptado por la familia, pero si el padre se negaba a hacerlo o simplemente se marchaba de la habitación sin darle ninguna explicación a la madre ni a otros familiares, al pequeño lo abandonaban.

Por lo general, eran abandonadas las niñas pues nunca se consideraban tan importantes para una familia como un hijo varón, el futuro heredero de los bienes y de la gloria de su linaje. Sin embargo, los bebés varones también pueden terminar bajo la Columna Lactaria en caso si son débiles, deformes, nacidos en un día nefasto del calendario romano o simplemente por alguna razón desagradan a su padre. Las lágrimas, las súplicas o las protestas de la madre no le importan en absoluto; una vez fuera de casa, el niño simplemente deja de existir para su familia.

.El pequeño llora pues el cesto y los mantos apenas lo protegen del frío y, además, debe tener hambre. Finalmente, una lujosa litera transportada por ocho robustos esclavos cruza una calle adyacente al mercado y se detiene junto a la columna. Uno de los cargadores aparta los cortinajes y le ayuda a bajar a un hombre alto, de porte majestuoso y cabello entrecano, vestido con una elegante toga. Atraído por el llanto, el señor se inclina sobre el cesto, lo destapa y, al ver en su interior a un bebé varón robusto y sonrosado, sonríe con satisfacción. Acto seguido, ordena a uno de los esclavos a subir el cesto en la litera y la procesión sigue su camino.

¿Qué destino aguarda a aquel pequeño? Al menos, ya no morirá de hambre, de frío ni devorado por los perros callejeros como tantos otros niños menos afortunados. También guardemos la esperanza de que el señor que lo recogió sea un hombre honesto y de buen corazón pero también puede ser traficante de esclavos, dueño de un *ludus*, escuela de gladiadores o propietario de una gran villa en las afueras de Roma donde nunca sobra un esclavo más. Sea cual sea su futuro, con toda seguridad jamás conocerá a sus verdaderos padres ni su origen pues un niño en la Antigua Roma ni siquiera tenía derecho a nacer así que cualquier adulto podría decidir sobre su destino a su propio antojo.

Domus, Dulce Domus

Los rayos del sol ya se extienden sobre la ciudad cuando la procesión se aproxima al Esquilino, una de las siete colinas de Roma, con sus hermosas casas, elegantes tejados de terracota y frondosos jardines, donde viven muchos romanos importantes. El contraste entre esta parte de la ciudad y aquel barrio populoso donde hace poco fue hallado el niño abandonado es tan grande que parecen dos mundos diferentes.

Al avanzar un poco por las calles del Esquilino, silenciosas y casi vacías, los portadores de la litera se detienen frente a una casa igual de grande y elegante que todas las demás de este barrio. Es una verdadera *domus* romana, es decir, la casa de los ricos; con aquella crónica falta de espacio que padece Roma y con el costo altísimo de la tierra, solo unos pocos afortunados pueden permitirse semejante lujo de vivienda mientras la mayoría de los romanos vive en las *insulae*, los atestados edificios de apartamentos de varios pisos en condiciones realmente terribles.

El señor con el bebé entre los brazos baja de la litera, se acerca a un formidable portón de madera de roble, con tachuelas de bronce cada una de las cuales tiene en su centro una cabeza de lobo también de bronce, con una argolla entre sus fauces. El hombre golpea la tachuela con una argolla y la puerta se abre casi inmediatamente. El portero que controla la entrada, un esclavo tracio de hirsuto cabello rubio y de fieros ojos azules, se apresura a saludar a su amo con una profunda reverencia y a abrir ante él la otra puerta que conduce a los aposentos internos.

La *domus* tiene una planificación típica de todas las casas de romanos ricos. Un pasillo conduce al atrio, una sala amplia que es uno de los espacios más hermosos de la casa por ser un lugar obligatorio para ir a cualquier parte de la vivienda así como por ser la estancia más frecuentada. Unos frescos vistosos con las escenas de la vida de dioses y héroes adornan sus paredes, los mosaicos multicolores cubren el suelo y en su centro resplandece el agua azul de un *impluvium*, estanque destinado a recoger el agua de lluvia

que entra a través de una abertura en el techo, a aliviar el calor dentro de la casa en los meses de verano y también servir de adorno, reflejando el cielo y las nubes.

El pequeño parece contemplar maravillado aquel insólito cuadro en el suelo y toda la profusión de colores que lo rodea pero su salvador se apresura a llevarlo a las habitaciones internas donde reina un silencio evidentemente triste. Toda la casa, a pesar de los colores alegres y vivos del techo, suelo y paredes, parece sumergida en una profunda angustia. Su causa es evidente: sobre todas las puertas se ven colgadas las ramas de ciprés, el símbolo de duelo. Alguien en esta casa acaba de morir.

El hombre lleva al pequeño a la parte privada del *domus*, donde se ubican los dormitorios de los miembros de la familia. Una esclava joven, cuya piel oscura y cabello rizado ponen en evidencia su origen africano, corre a un lado un pesado cortinaje, abriendo la entrada a una de las alcobas; los negros ojos de la sirvienta se dilatan de curiosidad al ver a un recién nacido entre los brazos de su amo pero no dice ni una palabra.

Al entrar en la alcoba, el hombre se detiene junto a la cama donde reposa una mujer que, a primera vista, parece dormida pero, al oír los pasos, se incorpora sobre los almohadones y abre sus grandes ojos castaños, hermosos pero hinchados y enrojecidos de tantas lágrimas. Su rostro es de facciones nobles y delicadas y su palidez resalta aun más en comparación con el negro azabache de su alborotado cabello. A pesar de su aspecto demacrado y enfermizo, se nota que es toda una matrona noble y respetada

Al lado de la cama hay una cuna de la costosa madera de nogal, hermosamente decorada con motivos florales y con un mullido colchoncito adentro pero no hay ningún bebé en ella. Todo es evidente: la familia acaba de perder a un recién nacido.

Por unos instantes, la mujer permanece indiferente y silenciosa, estado habitual de una madre desconsolada por la pérdida de su hijo pero, en cuanto el niño entre los brazos de su esposo se rompe a llorar, reacciona inmediatamente. Tiende los brazos hacia el pequeño

y, apenas el hombre se lo entrega, comienza a arrullarlo, lo cubre de besos y balbucea aquellas palabras de amor que de una vez construyen un vínculo indestructible entre madre e hijo.

El hombre sonrío y a duras penas oculta sus lágrimas. Su amada esposa está a salvo; la llegada de este niño le ayudará a salir de aquel abismo de desesperación por el cual estaba vagando durante todo el tiempo transcurrido desde la pérdida de su propio pequeño. El hombre romano en su calidad de *paterfamilias*, la cabeza del hogar, tiene el poder absoluto sobre la vida de todos los habitantes de su *domus*, desde su esposa hasta el último de los esclavos, pero todo esto no le bastó para ayudar a su desconsolada mujer a superar su dolor; en cambio, un chiquillo abandonado e indefenso sí pudo hacerlo en un abrir y cerrar de ojos.

Todos aquellos pensamientos pasan rápidamente por la mente del *paterfamilias* pero el sonido de ligeras y rápidas pisadas infantiles lo arrancan del mundo de sus reflexiones. Atraídas por el llanto del bebé, dos niñas irrumpen corriendo en la alcoba conyugal. La más grande aparenta tener unos cinco años, la otra unos dos menos; sus rizos del mismo tono negro azabache que el cabello de la mujer y sus ojos del mismo color gris azulado que los del hombre evidencian que son las hijas de ambos.

Aunque los niños romanos no tienen permiso de entrar sin permiso en las habitaciones de sus padres, esta vez todas las prohibiciones caen al olvido al igual que los castigos por haberlas infringido. Las dos pequeñas se ven tan emocionadas y felices por la súbita llegada de un nuevo hermanito que sus padres, por primera vez en tanto tiempo, también sonrían.

Ahora la vida en este hogar, otrora alegre y feliz pero profundamente trastornado por la reciente pérdida, volverá a la normalidad. El pequeño es llevado con la nodriza, la mujer de aquel mismo portero tracio que lo ha recibido en la entrada, y mientras se alimenta de su generoso pecho junto con el hijo de la esclava, ni siquiera sospecha que

acaba de ganar un nuevo partido a la diosa Fortuna, la más caprichosa e impredecible entre las divinidades romanas. No será vendido como esclavo, no conocerá cadenas ni azotes, no se doblará la espalda en los campos ni en las minas, no moverá el pesado remo en una galera ni tampoco derramará su sangre en la arena del circo; crecerá como ciudadano romano, con todos los privilegios que le otorga aquel status.

Nombre nuevo, vida nueva

Han transcurrido ocho días desde la llegada del pequeño a su nuevo hogar. El amanecer del noveno día comienza con una celebración en la cual el niño debe recibir el nombre y ser legitimado por su padre ante el altar doméstico, es decir, incorporado oficialmente en el seno de la familia. En presencia de su esposa, hijas y de algunos amigos cercanos de la familia, el *paterfamilias* alza al pequeño entre los brazos, evoca a Nundina, la diosa que preside la purificación de los niños, y anuncia solemnemente su nombre: Lucio Marcio Torcuato.

¿Por qué un bebé tan pequeño recibe un nombre tan largo? La razón es que todos los ciudadanos romanos libres llevan un nombre compuesto de tres partes, siempre coincidente con el nombre de algún antepasado de la familia.

El nombre propio del niño, o su *praenomen*, será Lucio, el mismo que el de su padre. Marcio es el gentilicio (*nomen gentilicium*) que señala el clan, es decir, el conjunto de familias procedentes de un solo ancestro. Por último, Torcuato es un apelativo equivalente a nuestro apellido que los romanos llaman *cognomen*. Por lo general, se asocia con un rasgo físico o moral o con el oficio de alguno de los antepasados de su linaje o a veces con alguna anécdota familiar. Muchos de los apellidos romanos famosos tienen aquel significado, por ejemplo, Cincinato ("el de cabello rizado"), Longo ("el larguirucho"), Rufo ("el pelirrojo"), Nasica ("el narigudo"), Cicerón ("el cultivador de garbanzos"), Pulcro ("el hermoso"), Escipión ("el báculo"), entre otros.

En caso de nuestro pequeño héroe, el cognomen significa "adornado de un collar" y suena muy glorioso. Remonta a los tiempos lejanos cuando Roma luchaba contra los invasores galos cuyos guerreros siempre iban a la guerra con un collar protector, grueso anillo de metal en torno del cuello. Un guerrero jamás se dejaba arrebatar aquel collar, el símbolo de su valor y hombría, a no ser muerto pero un antepasado del clan Marcio venció en la batalla a un poderoso jefe galo, le arrebató su collar y se lo puso al cuello como valioso trofeo de guerra... Más tarde, el padre de Lucio le contará aquella vieja leyenda familiar para que el niño se sienta orgulloso de su antepasado y crezca igual de valiente.

Las dos hermanas de Lucio contemplan la ceremonia con ojos bien abiertos y la respiración retenida por la solemnidad del momento. Por supuesto, no pueden recordar sus propias ceremonias que eran mucho más sencillas ya que a las niñas romanas no se les concede ningún nombre propio, salvo el gentilicio. Por lo tanto, todas las niñas del linaje Julio se llaman simplemente Julias, del linaje Claudio, simplemente Claudias, y llevan aquel nombre de por vida, incluso después de que se casen. Por eso la madre del pequeño Lucio se llama Emilia, en honor a su clan paterno, y sus dos hermanas, Marcia la Mayor y Marcia la Menor, los únicos apodos que permiten distinguirlas.

Una vez que el nombre del niño es anunciado públicamente, llega otro momento igual de importante. El padre del niño le pone su primer amuleto protector llamado *bullā*, un pequeño medallón de oro colgado de una fina cadena; de ahora en adelante va a proteger a su portador contra los malos espíritus y todos los peligros que acechan a los niños hasta que éstos entren en la vida adulta.

Lares, penates y ancestros

Una vez aceptado por la familia, todo niño romano pasa oficialmente a la custodia de su madre bajo la cual permanecerá hasta que cumpla siete años. Sin embargo, en las familias ricas, como la de nuestro héroe, es en realidad la nodriza la que se ocupa de la

crianza, dejando a la verdadera madre tiempo libre para otras obligaciones domésticas y familiares. Por lo tanto, el pequeño Lucio Marcio Torcuato pasa la mayor parte de su tiempo jugando en el peristilo, el jardín interno de la casa, acompañado por aquella misma mujer tracia que en otros tiempos le había dado su leche y ahora se encarga de custodiar todos sus pasos.

Las hermanas mayores del niño, las dos Marcias, no lo acompañan en sus juegos. Las dos ya son lo suficientemente grandes para estudiar el griego con un maestro contratado por el *paterfamilias* por un precio considerable; la clase acaba de empezar así que desde el interior de la casa llegan las voces de las niñas recitando las primeras estrofas de la *Ilíada*.

El mismo *paterfamilias* y su esposa también están ocupados a estas primeras horas de la mañana. Lucio Marcio Torcuato el padre está en su tablinium, su despacho de trabajo donde atiende a los visitantes. Todas esas personas, denominadas "clientes", vienen a pedir un favor, un consejo, una ayuda, un empleo para un pariente suyo y otras cosas por el estilo. Todo romano rico y poderoso tiene su propia clientela, todos aquellos hombres de condición humilde que, a cambio de su ayuda, hacen para el pequeños recados y, cuando se presente como candidato a algún cargo oficial, lo apoyan con sus votos. El pequeño Lucio ya sabe que a estas horas no debe molestar al papá bajo ningún pretexto y nunca lo hace.

Tampoco debe irrumpir en el cuarto de su madre donde a estas horas de la mañana hay un constante ir y venir de las esclavas, dirigidas por una africana joven y enérgica, la doncella predilecta de la señora Emilia que, sentada en un sillón de mimbre de alto respaldo, se somete al complicado proceso de su maquillaje diario. Mientras una de las muchachas sostiene un espejo de bronce, la otra está pintando con un palillo de carbón las cejas de la señora y las demás colocan sobre la mesilla los frascos de vidrio y alabastro con cremas y perfumes, los delicados peines de plata y carey, grandes alfileres para el el cabello, pinzas de cobre, espátulas de marfil para untar los afeites y muchos otros artefactos

curiosos que podrían ser unos juguetes muy divertidos pero, como lo sabe Lucio, no deben ser tocados por sus traviesas manos infantiles.

Por suerte, el niño jamás se siente solo ni aburrido porque, además de la nodriza, siempre tiene con quién jugar y divertirse. Otro pequeño de su misma edad, rubio y de ojos azules, lo sigue a todas partes; se llama Tares y es su hermano de leche, el hijo de su nodriza tracia. También los acompaña una niña un tanto más pequeña, de piel oscura y de cabello rizado, hija de la sirvienta personal de la ama Emilia. Es una criatura alegre y encantadora a quien todo el mundo llama simplemente Nuba, por el país de origen de su madre.

Por el momento, los tres chiquillos se divierten juntos, inconscientes de aquel enorme abismo que existe entre ellos y que definirá su status social en el futuro. Mientras Lucio será criado y educado como todo un patricio romano, Tares y Nuba no serán más que simples esclavos, propiedad de la familia de los Marcio Torcuato al igual que las tierras, las casas y otros bienes. Sin embargo, en comparación con el resto de aquella gran masa de esclavos que existe en Roma y en todo el Imperio en general, su suerte es envidiable. Ambos nacieron en la casa señorial y, por lo tanto, gozarán de ciertos privilegios inexistentes para esclavos del campo o de las minas. No serán separados de sus padres ni vendidos a los desconocidos, no sufrirán de hambre ni de otras privaciones como tantos otros niños en las calles de Roma. Pasarán su infancia al lado de los hijos de su amo, compartirán sus juegos y con el paso de tiempo también algunos de sus estudios pero siempre habrá entre ellos una gran distancia imposible de superar.

Pero los tres niños que corren ahora por el soleado peristilo por el momento no son capaces de entender nada de esto. Simplemente disfrutan del agradable calor, de la fresca brisa que sopla entre los mirtos y laureles en cuya sombra es tan divertido jugar al escondite, del melodioso canto de pequeñas fuentes en forma de tritones y nereidas, de los alegres colores de los crocos, narcisos y lirios que adornan los arriates cuidados con sumo esmero por el viejo jardinero que observa sus correrías con una leve sonrisa en su rostro

surcado de arrugas. La nodriza no se les quita el ojo de encima y de vez en cuando considera preciso recordarles que los niños que se portan mal y no obedecen a los mayores pueden terminar castigados con toda severidad por aquellos dioses que habitan dentro de la casa y lo ven todo.

Realmente, todo hogar romano, por muy humilde que sea, está custodiado por numerosas divinidades. La puerta principal está vigilada por Jano, el dios guardián de doble cara, a quien se le ofrece dátiles, higos, pasteles y miel en el primer día del mes de enero. En el hogar arde el fuego de Vesta, parte de aquella llama eterna que se conserva en el templo de esta diosa en el Foro, custodiada por las vestales, las sacerdotisas vírgenes elegidas entre las hijas de las mejores familias romanas. En un rincón del atrio, en medio de los verdes laberintos de arbustos recordados en forma de animales y seres míticos, se oculta el *lararium*, un altar de mármol rosado y blanco, todo un templo en miniatura sujetado por dos columnas, con estatuillas que representan a los lares, los dioses guardianes de la familia, a los que Lucio Marcio el padre les ofrece cada mañana una copa de vino y quema ante ellos un poco del incienso. En las alacenas de madera tallada en las paredes habitan los penates, otra variedad de dioses domésticos que protegen las despensas y, por lo tanto, no permiten que nadie en casa padezca carencias o privaciones mientras los manes, los espíritus de los antepasados, montan guardia en torno a todos los miembros de la familia, protegiéndolos contra cualquier peligro.

Por lo tanto, en toda casa romana no se puede dar un paso sin tropezar con uno de sus guardianes y protectores sobrenaturales que también forman parte de la familia y cada niño aprende desde la cuna que, en caso de cometer alguna travesura a espaldas de sus padres o sus cuidadores sin que éstos den cuenta de lo ocurrido, el castigo siempre será inminente porque nadie nunca podrá engañar a ninguno de los lares, penates o espíritus ancestrales.

II

Las primeras lecciones

Un coro de voces infantiles recita el alfabeto latín, tratando de pronunciar correctamente todas las veintitrés letras. Sentados en unos taburetes bastante incómodos bajo la sombra de un pórtico, unos quince niños y unas pocas niñas cuya edad varía de siete a once años se esfuerzan por mantener el ritmo marcado por una vara de madera que oscila en el aire. El hombre que la maneja, un cincuentón de barba rizada y cabeza completamente calva, es un *litterator*, "el que enseña las letras", maestro de enseñanza elemental donde no se aprenden más que las bases de la lectura, la escritura y la aritmética. Junto a él, tiene un tablero rudimentario con un trozo de tiza y unas cuantas tablillas amontonados sobre un tosco pupitre de madera, los únicos útiles escolares que puede permitirse.

No todos los alumnos muestran interés por la clase. Uno de los niños, delgado, moreno y bronceado por el sol, cuyos cabellos rizados, nariz ganchuda y ojos como ciruelas maduras ponen en evidencia su origen oriental, presta más atención a los transeúntes que pasan al lado del pórtico y a las veloces golondrinas que vuelan entre las capiteles de las columnas persiguiendo a las moscas. De pronto, estornuda ruidosamente, causando la risa de otros estudiantes, y, visiblemente contento de convertirse en el centro de su atención, vuelve a hacerlo una y otra vez, al parecer, intencionalmente.

Los otros niños dejan de recitar el alfabeto y se ríen a carcajadas pero el maestro de una vez pone el fin a aquel estallido de alegría. Su vara corta el aire con la rapidez de un relámpago y con un silbido siniestro desciende sobre el hombro del malhechor.

-¡Otra vez tú, Myrtilo! -grita el maestro En realidad, no me sorprende pues ¿qué otra cosa se puede esperar del hijo de un mercachifle sirio? Con razón dice Juvenal que el Orontes, el río principal de Siria, ahora desemboca en el Tíber. Ya que llegaste aquí,

deberías aprender a comportarte como un romano pero, al parecer, no hay otra forma de enseñarle algo a un bárbaro más que a bastonazos.

El niño se muerde los labios para no gritar y cierra los ojos a la espera del otro golpe. Sin embargo, otros dos chicos, vestidos con túnicas de lana fina y con medallones de oro en el cuello, comienzan a estornudar al unísono y de una vez atraen la atención del maestro.

El hombre deja en paz a su víctima y se voltea bruscamente en busca de nuevos alborotadores pero de pronto baja su vara y dice:

-No sé por qué, hoy llega aquí más polvo que nunca...

Realmente, en el aire impregnado de rayos del sol que penetran al pórtico está flotando mucho polvo pero incluso los niños más pequeños comprenden la verdadera razón de aquel cambio de actitud. Uno de aquellos traviesos, un niño pelirrojo con la cara sembrada de pecas, es Tito Rutilio Prisco, hijo del propietario de varias *insulae*, casas de apartamentos de alquiler a quien el maestro le debe varios meses de arriendo. Y el otro chico, el de cabello castaño dorado, facciones delicadas y ojos grises, pertenece a la familia de los Marcio Torcuato y, por lo tanto, ocupa una posición aún más elevada ya que el *paterfamilias* es uno de los personajes más ricos e influyentes en Roma, hombre muy conocido y, además, el patrocinador principal de la pequeña escuela. Por supuesto, sería una locura tratarlos de la misma forma que al hijo de un simple mercader sirio.

Así que otra vez nos encontramos con el héroe de nuestra historia. Al cumplir los siete años, Lucio, al igual que todos los niños romanos, sale oficialmente de la custodia de su madre y pasa a la de su padre quien debe encargarse de su educación. Lucio Marcio Torcuato el padre decide que, a diferencia de sus hermanas que reciben todas las clases con un educador privado sin tener que salir de su casa, su único hijo varón debe aprender a relacionarse con otros chicos de su edad y salir lo antes posible de la seguridad protectora

de casa a aquel mundo ancho y bullicioso cuyo nombre es Roma. La vida de todo hombre está llena de retos y peligros así que debe aprender a enfrentarlos desde la niñez, dice el padre de Lucio a su madre. Como una buena esposa romana, Emilia no se atreve a protestar y tan sólo le pide a su esposo de adquirir para el niño a un buen pedagogo, esclavo encargado de acompañarlo al colegio y ayudarle con sus tareas escolares.

Ahora el pedagogo de Lucio, apoyado en una columna, espera que la clase se termine y llega la hora de recoger a su protegido. Es un hombre joven que aún no ha llegado a la treintena, atlético, de cabello rizado, mirada vivaz y rasgos faciales nobles y firmes como las de una estatua griega. Efectivamente, es un griego como la mayoría absoluta de los pedagogos en las familias adineradas de Roma; se llama Anticles y, a pesar de su condición servil, en su porte se percibe cierto aire de orgullo y dignidad. Ocupa en casa un lugar mucho más importante que cualquier otro esclavo pues sus amos le confían lo más valioso de lo que tienen: la seguridad de su propio hijo. Un pedagogo siempre tiene un trato especial por parte de sus amos: no se aloja con el resto de la servidumbre sino en un cuarto propio junto a la alcoba del niño, toma parte en la vida diaria de la familia e incluso come en la mesa de los señores.

Todos estos privilegios lo colocan muy por encima al resto de los esclavos por lo que Anticles contempla con una indiferencia rayana con desprecio a todos estos hombres y mujeres pobremente vestidos que llevan colgados unas tablillas con el nombre y dirección de su propietario o un collar con una inscripción muy elocuente: "Atrápame, me estoy escapando". La mayoría de ellos recorren las calles doblados bajo el peso de enormes bultos, cántaros y cestos, presurosos por cumplir los recados de sus amos pues cualquier demora suele ser castigada con azotes, grilletes o largos encierros sin agua ni comida. Sin duda, la suerte de Anticles es mucho mejor; a diferencia de todos aquellos infelices, él puede esperar tranquilo en la sombra cuando el niño Lucio salga de su clase y charlar gustosamente con otro pedagogo, también griego un tanto mayor, que pertenece a la familia de Tito Rutilio, el otro alumno privilegiado, y también está esperando la salida de su joven amo.

Los otros alumnos no pueden permitirse el lujo de contar con su propio esclavo personal. Al final de la clase, serán recogidos por sus padres u otros familiares; ninguno de ellos, incluso los que viven cerca de la escuela, puede volver a casa con la compañía de un adulto ya que las calles de Roma ocultan demasiados peligros para todo niño o niña.

Un mundo desconocido

Las clases acaban de terminar. Lucio y su mejor amigo, el pelirrojo Tito, se reúnen con sus pedagogos para comer sus meriendas de pan con dulce de higos y un poco de queso de oveja. La obligación de Anticles y de su colega consiste en vigilar a sus pupilos también a la hora de la comida para que los chicos coman como personas educadas: sin prisa ni voracidad, masticando bien y sin hablar con la boca llena. Habitualmente, después de acabar con sus viandas, los amigos se despiden: Lucio y Anticles toman la ruta al Esquilino mientras Tito y su preceptor se adentran en el bullicioso laberinto de las atestadas callejuelas de la Suburra, el barrio más vasto y populoso de Roma.

Sin embargo, hoy no es un día como los demás: el padre de Lucio le ha permitido quedarse un rato a jugar en la casa de su amigo. Aunque Emilia al comienzo no quería que su pequeño visitara la Suburra, la zona más pobre, más poblada y, como resultado, la más peligrosa de la ciudad, su esposo pudo convencerla, asegurando que conocía muy bien a Tito Rutilio Prisco el padre cuyo apoyo podría ser importante en las próximas elecciones debido a los votos de sus numerosos inquilinos y que con un defensor como Anticles el niño no correría ningún peligro.

A medida que avanzan, más densa se vuelve la multitud, más altos y hacinados los edificios que se alzan tan apretados entre sí que cierran el paso a la luz del sol. Es casi imposible caminar en línea recta por lo que los niños y sus acompañantes se ven obligados a dar rodeos entre los transeúntes, puestos de vendedores ambulantes o los comensales de una taberna cuyo propietario, tratando de ampliar su negocio, simplemente ha colocado

algunas mesas sobre la acera. También hay perfumerías, floristerías especializadas tanto en los adornos nupciales como en coronas funerarias, peluquerías que ofrecen pelucas de rubios cabellos de germanos y dacios, zapaterías, fruterías, verdulerías así como grandes jaulas con patos, gallinas, palomas y conejos vivos.

Para Tito es un recorrido habitual que realiza todos los días; en cambio, a Lucio todo esto le parece completamente nuevo, muy distinto a aquel barrio elegante donde vive su familia. Movidado por curiosidad, el niño se detiene frente a una pequeña joyería que ofrece pulseras y collares con piedras de todos los tamaños y colores; a su lado, un hombre de cabello rizado y de piel color azabache está tallando un enorme colmillo de elefante procedente de la lejana Nubia. Lucio lo mira embelesado hasta que Anticles lo tire de la mano, justo a tiempo para no chocar contra un robusto esclavo germano que carga sobre su espalda un enorme bulto de ropa recién recogida de una lavandería.

Finalmente, tras más de una hora de aquel trajín, llegar al destino, La *insula* en que reside la familia de Tito se diferencia considerablemente de las otras edificaciones de la zona. No es tan alta (aunque el último edicto imperial impone la norma de que la altura máxima de los edificios de apartamentos por razones de seguridad no puede superar seis plantas, muchos propietarios siguen infringiéndola) y no tiene un aspecto tan lúgubre y desconchado. Sus muros de ladrillo están pintados de un agradable tono blanco cremoso; es una tonalidad no solo muy bonita sino también práctica, asegura Tito, porque refleja los rayos del sol e ilumina con esta luz reflejada todos los pórticos y callejones que rodean el edificio. Otro detalle curioso es una elegante franja de color rojo oscuro (o rojo pompeyano, como lo llaman los romanos) que rodea toda la base del edificio; protege los muros de las salpicaduras de barro y de las manchas que dejan las manos y los cuerpos de los transeúntes que se apoyan contra la pared.

-Tenemos otras dos *insulae* como esta y todas se reconocen por ser las mejores de toda Suburra -comenta Tito con orgullo -.Y no se derrumban jamás, a diferencia de tantas otras.

La entrada en el edificio es vigilada por un hombre fornido y canoso, con una horrenda cicatriz que marca su mejilla derecha y es visible incluso a través de la barba de varios días. La expresión de su rostro no es nada amigable y el nudoso bastón que tiene en la mano no mejora la primera impresión. Sin duda, es un antiguo legionario, hombre valiente, rápido en sus decisiones y hábil con las armas, cualidades indispensables para el portero, encargado de resolver litigios entre los inquilinos de la *insula* e impedir el acceso a la propiedad a cualquier sospechoso.

Sin embargo, a la vista de los niños, los ojos del guardián se iluminan y la expresión de su rostro se suaviza imperceptiblemente.

-Otra vez no te afeitaste, Macron -dice Tito, rozando con la punta del dedo el hirsuto pelo gris en la barbilla del veterano -.Mamá dice que asustas a todos los visitantes.

-Pero si me afeito, mi cara se verá aún más horrible -con estas palabras, el vejo soldado pasa la mano por la cicatriz en su mejilla y, al lanzar una rápida mirada a Lucio y Anticles, les hace un guiño -.Tus invitados, niño Tito, no tienen por que temerme, que lo hagan mejor los ladrones y criminales que merodean por ahí.

-¿Nos contarás sobre tus hazañas en Dacia? -pregunta Tito -.A mi amigo le encanta esta clase de historias.

-Más tarde, cuando termine mi turno de guardia -con estas palabras el portero vuelve a sentarse sobre su taburete y contemplar la calle y a los transeúnte con aire severo e impenetrable.

Los de abajo y los de arriba

Tito, Lucio y sus pedagogos entran en un espacioso rellano, al pie de una escalera que conduce a los pisos altos de la insula. Sin embargo, en vez de subir por las gradas, Tito empuja una puerta en la planta baja e invita a su amigo a seguirlo.

La puerta, maciza, fabricada de la madera de roble y provista de un grueso anillo de bronce con la imagen de Jano, el dios guardián con su doble cara, es una evidencia clara de que detrás de ella se aloja una familia de buena posición. Realmente, el recibidor, aunque casi dos veces más pequeño que en la casa de los padres de Lucio en el Esquilino, se ve muy elegante con una mesa de mármol en el centro con una estatuilla plateada de Mercurio encima, los grandes jarrones con ramos de flores en los rincones y el suelo recubierto de mosaicos de piedra caliza blanca y basalto negro, mucho más económico que los mármoles policromados y las pastas de vidrio coloreado que adornan los pisos de las grandes villas.

En comparación de la *domus* de la familia de Lucio, el apartamento de su amigo es más bien pequeño pues se puede recorrerlo de una vez con la mirada. A la derecha del recibidor está el *tablinium*, la sala de estar del paterfamilias, a la izquierda el comedor, el *triclinium*, y en la parte de atrás se ven las puertas de los dos dormitorios. A diferencia de una *domus* que parece encerrarse sobre sí misma alrededor de su atrio, la vivienda de la familia de Tito se abre hacia fuera con sus amplias ventanas con vidrios impecablemente limpios (otra evidencia de la buena posición económica de los dueños) y el balcón que da a la calle y se asemeja a un auténtico jardín gracias a numerosos materos con toda clase de plantas.

El padre de Tito, un hombrecillo bajo, rechoncho y medio calvo, así como su madre, una hermosa mujer de piel muy blanca y cabellera color fuego, herencia inconfundible de sus ancestros celtas, una cabeza más alta y por lo menos unos quince años más joven que su esposo, saludan amablemente al mejor amigo de su hijo. Acto seguido, toda la familia, el

pequeño huésped y los dos pedagogos se sientan a la mesa. Una esclava retira de un pequeño hornillo de bronce una olla que exhala un apetitoso olor a cerdo guisado con habas y romero. En efecto, los apartamentos de las insulae carecen de un espacio especial para cocinar; la única forma de hacerlo es adquirir aquel hornillo portátil y colocarlo junto a la ventana para evitar que las habitaciones se llenen de humo y de olor a leña quemada.

Contrariamente a los que pensamos, los romanos no siempre comían tumbados y atendidos por todo un ejército de esclavos; en realidad, no lo hacían más que en celebraciones y cenas oficiales. La familia de Tito y sus invitados toman su almuerzo sentados alrededor de la mesa y atendidos por una única sirvienta. Además del sustancioso guiso de cerdo, en el menú figuran cebollas y alcachofas encurtidas, rodajas de salchichón y huevo duro sobre un lecho de berro y lechuga rizada, anchoas en salmuera y otros platos ligeros, traídos de la taberna más próxima y aliñados con hierbas aromáticas, cultivadas por la madre de Tito en los materos que adornan el balcón. El *paterfamilias* acompaña cada plato con un buen vino diluido con agua mientras los niños disfrutan del refrescante sorbete de almendras.

Terminado el almuerzo, los anfitriones se retiran a descansar mientras los niños, bajo custodia de sus fieles pedagogos, deciden dar un paseo. Movidio por curiosidad, Lucio, quien nunca antes ha estado dentro de una *insula*, quiere subir a los pisos altos. Tito se encoge de hombros pues para él, nacido y crecido en la Suburra, aquella excursión no presenta ningún interés pero finalmente sede a la petición del invitado.

Al salir al rellano, los niños comienzan a subir las escaleras; sus pedagogos los siguen a cierta distancia, tratando de no perderlos de vista. A medida que suben, más desconchadas y sucias se ven las paredes, cubiertas de manchas de hollín, de grasa y de numerosos dibujos e inscripciones, en su mayoría inapropiados para los ojos infantiles. Más arriba del segundo piso, las gradas de la escalera ya no son de losas de barro sino de madera que se desmonta con facilidad.

-Cuando alguien no paga el alquiler, se le quitan la escalera y no podrá salir hasta que le vuelvan a aparecer los denarios -comenta Tito, seguramente repitiendo las palabras de su padre.

Lucio cabecea distraídamente. Se siente un tanto mareado en medio de todos aquellos olores a moho, a madera podrida, a humo, a verduras y frutas podridas. Las puertas son tan delgadas que es fácil de adivinar qué clase de vida transcurre detrás de ellas. En una habitación llora un bebé, en la otra se riñen dos mujeres, en la tercera alguien ronca ruidosamente. Los gemidos rítmicos y apasionados que vienen detrás de una de las puertas son inconfundibles; Lucio se detiene fascinado pero Tito, acostumbrado a toda clase de sonidos, lo arrastra de la mano aún más arriba.

Una *insula* es como una copia diminuta de la sociedad romana. En su planta baja no viven más que los privilegiados: empresarios adinerados, constructores, altos cargos del gobierno municipal que trabajan con el poder imperial o senatorial. Encima de ellos están los apartamentos donde viven los dueños de pequeños negocios o talleres así como los empleados de la administración urbana o de corporaciones privadas. Finalmente, por encima de todos, bajo el mismo techo, se alojan los más pobres, todos aquellos que se ganan la vida transportando cargas, recolectando basura, barriendo las calles, repartiendo agua, reparando fuentes y acueductos o cumpliendo cualquier otro trabajo, despreciado por sus conciudadanos más afortunados pero indispensable para el funcionamiento normal de la ciudad.

Finalmente, los niños llegan al último tramo de las escaleras que lleva a un desván; ahora están justo debajo del tejado y se detienen frente a una endeble puerta que Tito empuja decididamente.

-No temas, es el cuarto de Macron, el portero. No se molesta jamás y dice que puedo entrar incluso cuando él no esté -dice Tito al captar la atónita mirada de su amigo y lo arrastra al interior del pequeño recinto donde reina un ambiente oscuro y asfixiante.

El viejo soldado no posee más que un pequeño arcón para sus escasas pertenencias y una mugrienta estera en un rincón en vez de la cama. El techo es tan bajo que Anticles, hombre de estatura elevada, se golpea la cabeza y gruñe, maldiciendo la curiosidad excesiva de su pupilo.

De pronto, el cuartucho se llena de un ruido extraño: es el aleteo de numerosas palomas que tienen sus nidos entre las fisuras de las tejas. Al parecer, son la única compañía del antiguo legionario en sus largas noches solitarias.

-¡Mira, Lucio! -con estas palabras, Tito corre hacia la única ventana y abre los pesados postigos de madera.

A diferencia de los apartamentos de la planta baja, esta ventana no tiene vidrio; esto significa que para obtener un poco de luz hay que mantener los postigos abiertos y soportar el frío, el viento y la lluvia. No obstante, la vista sobre Roma que se abre desde allí es espléndida: los tejados rojos de las casas, las blancas columnatas de los templos, las verdes manchas de los jardines y el fulgor de numerosas estatuas de bronce que adoran todas las plazas. Lucio jamás ha visto su ciudad natal desde semejante altura y por unos instantes siente algo semejante a la envidia a aquel hombre viejo y solitario que puede disfrutar todos los días de este maravilloso espectáculo.

Nuevas amistades

Al bajar corriendo por las escaleras, los niños salen de la deprimente oscuridad de la *insula* a la luz y al bullicio de las calles. Sus pedagogos los siguen refunfuñando: no hay forma de controlar todos los pasos de este par de traviosos.

-¿Quieres mirar las tiendas? -pregunta Tito.

Lucio asiente en silencio. Hay mucho que ver pues las tiendas y talleres ocupan casi toda la planta baja de la *insula* del padre de Tito y de todos los edificios cercanos. Todos los negocios tienen sus fachadas abiertas a la calle, ofreciendo a los transeúntes las muestras de la mercancía. Detrás de uno de estos mostradores que expone cestos repletos de almendras, nueces, ciruelas y uvas pasas, higos, dátiles y otros frutos secos los niños descubren una cara conocida. Se trata de Myrtilo, aquel mismo chico a quien se le ocurrió estornudar en el momento más inapropiado de la clase. Ahora está sentado sobre un taburete detrás del mostrador, con una escudilla de lentejas humeantes en una mano y un trozo de pan ázimo en la otra; mientras come, observa la calle en busca de compradores potenciales.

A la vista de Lucio y Tito, les regala una sonrisa y los invita a entrar con un gesto de la mano. Sin duda, se siente profundamente agradecido por haberlos salvado de los nuevos golpes de la vara del maestro.

-Mejor ven a jugar con nosotros -propone Tito -.Tengo canicas nuevas.

Con estas palabras, muestra a todos unas bolitas de vidrio coloreado. A Myrtilo se le brillan los ojos pues nunca ha tenido juguetes tan hermosos; finalmente, exhala un suspiro profundo y afligido.

-No puedo -responde entre bocado y bocado -.Mi padre viajó a Ostia para recibir un nuevo cargamento de frutas y nueces y mi madre y mi hermana se fueron a la fuente. Debo cuidar la tienda y no puedo salir hasta que regresen.

Tito cabecea comprensivo mientras Lucio se siente un tanto perplejo. Su madre, sus hermanas e incluso ninguna de sus esclavas tienen la necesidad de traer agua de las fuentes públicas pues su casa posee su propia conducción del acueducto y, por lo tanto, tiene agua corriente a cualquier hora del día y de la noche. También se pregunta si aquel plato de

lentejas con un trozo de pan sería todo el almuerzo de Myrtilo, tan escaso y frugal en comparación con los platos que acaba de saborear en casa de Tito.

-Entonces, te ayudaremos a cuidar la tienda -dice Lucio.

Myrtilo recoge los últimos restos de comida con el trozo de pan, deja a un lado el plato completamente limpio y sonríe agradecido pues ya no se siente tan solo. Anticles y el pedagogo de Tito se quedan fuera y se sientan a la sombra con visible alivio: con los dos chicos dentro de la tienda, pueden bajar un poco la vigilancia.

Una vez dentro, Lucio echa un vistazo al interior de la tienda y descubre que al fondo del pequeño recinto, entre los grandes sacos con la mercancía, hay una estrecha escalera de madera que conduce a un altillo donde se ven tres camastros, la ropa colgada de los clavos, un par de cofres y un pequeño brasero.

-¿Vives aquí mismo? -pregunta Lucio y, cuando Myrtilo asiente, a duras penas disimula su sorpresa.

¿Cómo es posible que una familia entera pueda vivir en un espacio tan reducido? El apartamento de los padres de Tito que aún hace poco le parecía a Lucio demasiado pequeño es todo un palacio en comparación con este cuartucho oscuro y mal ventilado donde se ve obligado a vivir su otro compañero.

La fuente pública más cercana se encuentra a más de diez cuabras de camino y la fila de mujeres que aguardan su turno para sacar agua siempre es larga. La madre y la hermana de Myrtilo tardarán mucho así que la espera será larga. Para matar el tiempo, Myrtilo comienza a contar sobre un asalto que tuvo lugar hace apenas un par de días a dos pasos de su tienda, en el taller de un *specularios*, fabricante de espejos.

Ya iba a cerrar su taller cuando se le metieron cuatro tipos armados -dice Myrtilo a media voz y sus negros ojos se tornan aún más oscuros y llenos de misterio -.Lo amordazaron, lo amarraron a un taburete y se llevaron todos los espejos pues eran costosos, de plata bruñida o de bronce dorado. El pobre hombre pasó amarrado la noche entera ya que con un trapo en la boca no podía pedir ayuda.

Lucio escucha atemorizado mientras Tito, tratando de superar a Myrtilo, comienza a contar otra historia aún más escalofriante sobre un hombre asesinado en un callejón estrecho y oscuro a poca distancia de la *insula* de su padre. Una patrulla de vigiles, la guardia que custodia las calles en las horas nocturnas, lo confundió primero con un simple bulto de trapos; yacía en la oscuridad, con su rostro rígido y piel azulada, expandiendo un nauseabundo olor dulzón, evidencia clara de que había estado allí desde hace más de un día. Además, comenta Tito con un susurro siniestro, tenía un dedo cortado, a lo mejor, porque el asesino le ha quitado un anillo de oro. Al parecer, era alguien con recursos que ha cometido un error imperdonable de deambular solo por los callejones de la Suburra.

-Seguramente era un extranjero -supone Myrtilo -.No conocía la ciudad y se dejó matar así no más.

-¿Ya atraparon al asesino? -pregunta Lucio.

-Lo más seguro, no lo encontrarán jamás -replica Tito mientras Myrtilo asiente en silencio.

Para estos dos chicos crecidos en la Suburra un robo o un asesinato son parte de la vida cotidiana; la reacción de Lucio quien se estremece de terror y de indignación les parece extraña e incluso divertida. No está acostumbrado a esta clase de historias pues en la parte alta del Esquilino donde viven los ricos rara vez ocurre algo semejante.

Absortos por la conversación, los tres amigos no se dan cuenta de que un niño vestido de harapos, cabello desgredado y cara sucia, se acerca a hurtadillas al mostrador de la tienda, coge un puñado de dátiles y se aleja con la rapidez de una flecha, moviéndose con una agilidad sorprendente entre las piernas de los transeúntes.

-¡Ha robado, ha robado! -grita Lucio poniéndose de pie de un salto pero, para su gran sorpresa, Myrtilo no le presta demasiada atención.

-Es Nonio, un chico que vive en la calle -comenta al percibir la indignada mirada de Lucio -.Mi madre le regala un poco de dátiles o nueces siempre que pase por allí así que no importa.

-¿Cómo es que vive en la calle? -se sorprende Lucio -¿Por qué? ¿Y qué hace cuando esté lloviendo o nevando?

-Los vagabundos siempre buscan refugio bajo puentes, acueductos o en las ruinas de alguna casa vieja -responde Myrtilo.

-De todos modos, cuando el invierno es demasiado duro, uno que otro amanece muerto -añade Tito.

Lucio frunce el ceño. Antes, caminando por las calles en compañía de su padre o de Anticles, también veía entre la multitud a esos niños mugrientos y andrajosos que parecían surgir de la nada como las sombras del Hades y desaparecían con la misma rapidez. Sin embargo, ahora siente lástima por aquel pobre Nonio, niño que no tiene casa y, a lo mejor, no come en todo el día más que aquel puñado de frutos secos que le regala la generosa mamá de Myrtilo.

-Ya viene mi madre y mi hermana también -comienza Myrtilo, interrumpiendo las reflexiones de Lucio.

Madre y hija se acercan cruzando la calle por un típico "paso peatonal" romano: varios bloques de piedra colocados unos junto a otros como medida de precaución indispensable para los días lluviosos que permite pasar de un lado al otro sin mojarse los pies. Ambas portan ánforas sobre la cabeza, sujetándolas por las asas laterales y, a pesar de su peso, se mueven con mucha agilidad; sin duda, están acostumbradas a cumplir con aquella difícil tarea día tras día.

-Gracias por acompañar a mi hijo, siempre se aburre cuando lo dejo a cargo de la tienda -con estas palabras la madre de Myrtilo deja el ánfora en el suelo y se quita la *palla*, el manto con que las mujeres suelen cubrirse la cabeza cuando salen a la calle. Habla el latín con un marcado acento sirio y es mucho más morena de la que suelen ser las mujeres romanas. Lucio piensa que aunque debe tener aproximadamente la misma edad que la noble Emilia, su propia madre, se ve mucho mayor debido a los mechones canosos que salpican su negro cabello peinado con un sencillo rodete y profundas arrugas alrededor de los ojos, la boca y la fina nariz aquilina. Sin duda, en otros tiempos debió ser hermosa pero su belleza se ha marchitado antes del tiempo, tal como suele suceder a muchas mujeres del pueblo, y no se conserva más que en su joven hija. La hermana de Myrtilo es una jovencita encantadora de piel olivácea y grandes ojos de terciopelo negro; aunque tiene apenas unos tres o cuatro años más que su hermano, se comporta con discreción casi adulta y, tras haber saludado a Tito y Lucio con una reverencia respetuosa, sube de una vez a la habitación de arriba.

-A esta edad toda muchacha debe ser vigilada de noche y de día -comenta la madre de Myrtilo y, tratando de cambiar del tema, ofrece a Tito y Lucio un puñado de dátiles y nueces a cada uno, afirmando que son los mejores de Roma porque un mercader amigo de su esposo se los trae directamente de Mesopotamia.

Lucio no entiende muy bien qué es lo que quiere decir la madre de su amigo y piensa en sus propias hermanas. Marcia la Mayor, próxima a cumplir catorce años, ya tiene varios pretendientes de las mejores familias de rango senatorial y ecuestre, los más

privilegiados de la sociedad romana, que la han pedido en matrimonio. Aunque Lucio Marcio Torcuato el padre aún no ha dado su consentimiento oficial a ninguno de ellos, lo hará tarde o temprano y Marcia como buena hija romana tendrá que someterse a la voluntad del *paterfamilias*.

Marcia la Menor ha dejado la casa paterna hace varios años para ser consagrada al servicio de Vesta, la diosa del hogar y del fuego sagrado. Ha sido elegida entre tantas otras niñas de las más importantes familias patricias de la edad entre seis y diez años que deberían cumplir con numerosos requisitos: tener entre seis y diez años, buena salud, belleza sin la menor tacha y ambos padres vivos. La selección final se realizó por medio de la introducción en una vasija de las tablillas con los nombres de las aspirantes y fue el Pontífice Máximo de Roma, es decir, el mismo emperador Domiciano quien sacó con sus propias manos la tablilla con el nombre de Marcia Torcuata. Esto significaba que la misma Vesta acababa de elegirla para su servicio.

Lucio recuerda muy bien aquel día en que su hermana salió por última vez de su casa para ser llevada en una litera cerrada a su nuevo hogar, el santuario de Vesta donde le cortaron sus hermosos rizos para colgarlos en un árbol sagrado en señal de que de ahora y en adelante la niña estaba libre de la potestad paterna, la vistieron por primera vez con ropajes blancos de novicia, le cubrieron la cabeza con un velo y le entregaron una lámpara encendida, el símbolo de aquel fuego sagrado que tendría que cuidar. Ahora vive plenamente dedicada a sus nuevos deberes y no podrá volver a casa antes de que transcurran los treinta años, el tiempo prescrito para el servicio sagrado.

En fin, el matrimonio o el servicio en el templo de Vesta son los únicos caminos posibles para una muchacha. Entonces, ¿de qué peligro está hablando la madre de Myrtilo?

Lucio quisiera preguntárselo pero la mujer les ofrece a todos un plato con dátiles y no es muy cómodo hablar con la boca llena de la azucarada y pegajosa pulpa. Luego, Myrtilo, cansado de estar en casa, llama a sus amigos a jugar fuera.

Los pedagogos de Lucio y Tito, cómodamente sentados en la sombra, han alcanzado a compartir todos los chismes escolares e incluso a disfrutar un par de copas de vino barato y muy aguado, comprado allí mismo a un vendedor ambulante. Ahora, muy a pesar suyo, tienen que abandonar aquel pasatiempo tan agradable y volver a vigilar a sus pupilos mientras éstos encuentran un lugar tranquilo para jugar a las canicas, juego que consiste en hacer unas pequeñas pirámides de bolitas de vidrio (o simplemente de nueces) y luego derribarlas con un tiro preciso desde lejos.

Pronto atraen la atención de otros niños que también quieren participar en la diversión; uno de ellos le ofrece a Tito cambiar un par de sus canicas por una peonza de madera coloreada. El cambio es aceptado y los tres amigos se divierten con su nuevo juguete hasta que sucede lo imprevisto. Algo cae desde el balcón del primer piso de la *insula* que se alza justo sobre el callejón en que juegan los niños y con un golpe sordo se aterriza a menos de un pazo de la peonza que sigue dando vueltas sobre la acera. Se trata de una muñeca.

Lucio es el primero en reaccionar. Recoge su hallazgo y se da cuenta que no es una muñeca cualquiera, es decir, una figura humana toscamente tallada de madera con las que juegan casi todas las niñas de la Suburra. En cambio, esta muñeca es de marfil, tiene brazos y piernas articuladas, un peinado de moda y un rostro maquillado con esmero. Sin duda, cuesta una considerable suma de dinero y su pérdida podría ser un golpe duro para su dueña.

Al alzar la cabeza, Lucio ve en el balcón de la *insula* a una niña. No aparenta tener más de unos seis o siete años, con el tono de piel entre dorada y aceitunada, cabello negro que se la cae sobre los hombros en desparramados rizos, boca como un capullo de rosa y enormes ojos de un color azul muy profundo, casi violeta que se adivinan sospechosamente húmedos. Sin duda, está a punto de estallar en lágrimas pero trata de dominarse pues no quiere que aquel niño desconocido que acaba de apoderarse de la muñeca piense que es una llorona.

-¿Tienes un cesto y una cuerda? -pregunta Lucio.

La niña cabecea afirmativamente, luego desaparece al interior del apartamento y pronto regresa en compañía de una mujer joven e igual de morena, sin duda su madre que porta un cesto con que las suelen salir de compras las mujeres y los esclavos. La madre amarra una cuerda al mango del cesto y la hija se lo baja con sumo cuidado. La muñeca rescatada regresa a las manos de su pequeña dueña quien mira a Lucio con sus enormes ojazos violetas y le sonríe con gratitud; luego, desaparece tras las cortinas junto con su madre.

-¡Miren todos, a Lucio le gustan muñecas! -exclama Tito con el tono burlón -¡Está jugando con las niñas!

Myrtilo y otros niños que presencian la escena se ríen a carcajadas pero Lucio no se enoja y pronto se une a ellos. En el fondo le gustaría averiguar más sobre esta niña de ojos maravillosos. Con toda seguridad, Tito o Myrtilo deben saber algo acerca de ella y de su familia pero no se atreve a preguntárselo.

El relato de Macron

De pronto, Tito se acuerda de que Macron, el viejo portero de la insula, debió haber salido de su turno.

-Ahora debe estar en la taberna de la esquina -dice con tono de confianza -.Cuando toma un par de copas, se le desata la lengua y siempre cuenta algo interesante. ¿Vamos a verlo?

Lucio y Myrtilo no se hacen rogar dos veces. Los tres niños corren hacia la taberna en la esquina y los pedagogos los siguen sin protestar pues después de haber trajinado tanto por las atestadas calles, podrán volver a descansar.

Realmente, encuentran al viejo soldado sentado en una de las mesas, colocadas fuera del pequeño recinto, directamente en la acera. Saborea con sumo deleite el contenido de una tosca copa de barro que sostiene con ambas manos y, a la vista de los niños, su rostro curtido se ilumina por una sonrisa feliz.

-Sabía que vendrían -dice con aire satisfecho.

-¿Nos contarás sobre tus hazañas? -pregunta Tito, acomodándose en uno de los taburetes alrededor de la mesa.

-¿Y no les dará miedo?

Los tres cabecean negativamente, saboreando de antemano una historia escalofriante y a la vez maravillosa.

-Sucedió cuando las seis legiones nuestras, por orden personal del emperador Domiciano, cruzaron el Danubio y avanzaron al interior del reino de Dacia para conquistarlo. Por el camino, tenían que cruzar el valle de Tapae, un lugar inhóspito y salvaje, cubierto de bosques tan densos que la luz del sol no se veía ni en pleno día y las hojas caídas eran como una alfombra tan gruesa que uno no podía oír ni sus propios pasos. En aquel entonces, yo no era tan viejo como ahora y servía en la Legión V Alaudae, aquella misma que había creado el gran Julio César y de la cual no se quedan hoy más que recuerdos y algunos pocos sobrevivientes, como yo...

Lucio escucha aquella historia con la respiración retenida. Se imagina con facilidad aquel sombrío bosque en pleno corazón de la lejana y temible Dacia, a los legionarios de

Domiciano avanzando a través de la espesura, a los feroces guerreros dacios y a sus numerosos aliados de otras tribus bárbaras agazapados entre los árboles de troncos acerrados, tirando de las cuerdas amarradas a las copas de aquellos gigantes del bosque heridos de muerte y haciéndolos caer sobre los romanos y sus caballos.

-Luchamos como fieras pero aquellos malditos nos rodearon por todas partes y eran tantos que parecían surgir de la nada, como si aquel mismo bosque estuviera pariendo los de sus propias entrañas -la voz de Macron tiembla de dolor e indignación como si vuelva a vivir de nuevo aquella humillante derrota.

Lucio y sus amigos están tan absortos por el relato del viejo soldado que ni se dan cuenta de la presencia de Nonio, el infeliz niño de la calle, quien se mete en la taberna a hurtadillas con intención de buscar algo de restos de comida dejados en las mesas por uno que otro comensal pero pronto se queda atrapado por la historia de Macron hasta tal punto que se le olvida el verdadero motivo de su llegada. Un sirviente lo descubre y lo saca fuera a escobazos pero, apenas se distrae para atender a un nuevo cliente, Nonio regresa y se oculta bajo una de las mesas para poder escuchar el final de la historia.

-Fue allí, en Tapae, donde recibí este adorno -con estas palabras Macron levanta la mano y toca la cicatriz que le desfigura el rostro -.Me lo dejó un bárbaro con su *falx*...

-¿Qué es esto? -pregunta Lucio con voz temblorosa.

-El arma más terrible de los dacios que se parece a una guadaña con una enorme cuchilla muy afilada en el extremo -explica el veterano -.Basta un solo golpe para decapitar a un hombre, cortarle un brazo o una pierna o incluso partirlo por la mitad.

Tito y Myrtilo se estremecen: ninguna de las historias de crímenes, tan frecuentes en las calles de la Suburra, puede compararse con este relato. Lucio trata de imaginar el

aspecto de los hombres alcanzados por aquel terrible falx y siente un horripilante escalofrío en todo su cuerpo.

-Muchos de mis compañeros subieron a la barca de Caronte aquel día nefasto y la misma Quinta Legión dejó de existir pues a los pocos sobrevivientes se nos privaron por orden del emperador de todos nuestros rangos y condecoraciones y se nos licenciaron con *misso ignominosa*, es decir, sin otorgarnos tierras ni pensiones... por eso terminé ganándome la vida como portero. Sólo espero que algún día Roma volverá a aquellas tierras para darles su merecido a los dacios y vengarles la muerte de mis compañeros -con estas palabras Macron sofoca un suspiro y mira a los tres niños con un atisbo de esperanza -.Quién sabe, a lo mejor alguno de ustedes le ayudará a Roma a llevar a cabo aquella venganza...

Los cuatro niños, los tres sentados alrededor del viejo soldado y el cuarto acurrucado bajo la mesa, se trasladan en aquel instante a las escarpadas montañas y los tenebrosos bosques de Dacio; en sus sueños, luchan contra las hordas bárbaras y se cubren de gloria. Pero pasarán tan solo algunos años y sus caminos se separarán de una vez y para siempre. Al cumplir los doce años, Lucio y Tito continuarán sus estudios con un *grammaticus*, maestro de "enseñanza secundaria" que ya no tendrá lugar en el polvo de la calle sino en unas aulas especiales o en las casas de los mismos estudiantes. En cambio, Myrtilo no podrá disfrutar de aquel privilegio ya que a partir del próximo año su padre lo pondrá a trabajar en su tienda jornada completa como a un adulto; el trabajo infantil no se considera un delito en la sociedad romana. Y en cuanto a Nonio, desaparecerá en el mundo oscuro y cruel de los barrios pobres de Roma sin dejar rastro, al igual que tantos otros niños de la calle.